

JESÚS LAVA LOS PIES DE SUS DISCÍPULOS

«Vivir el misterio pascual» es el tema de nuestros retiros para este curso, según me han indicado. La carta, en la que se me proponía el tema, decía: «vivir el misterio pascual desde la liturgia, la vida, la iglesia, IISS,... como quieras desarrollarlo. Elige lo que el Espíritu Santo te inspire. Será siempre lo mejor porque será lo que necesitamos». Bueno trataré de avanzar con fe y libertad en esta perspectiva.

El tema es el centro y culmen de nuestra fe y de la liturgia. En él estamos llamados a meditar sin cesar. Para avanzar con la alegría del Espíritu de la verdad y libertad, lo primero de todo, a mi entender, es fijar la mirada en Jesucristo, el pionero y consumidor de la nuestra fe, como enseña la carta a los Hebreos.

Teniendo una nube tan ingente de testigos, corramos, con constancia, en la carrera que nos toca, renunciando a todo lo que nos estorba y al pecado que nos asedia, fijos los ojos en el que inició y completa nuestra fe, Jesús, quien, en lugar del gozo inmediato, soportó la cruz, despreciando la ignominia, y ahora está sentado a la derecha del trono de Dios. Recordad al que soportó tal oposición de los pecadores, y no os canséis ni perdáis el ánimo. Todavía no habéis llegado a la sangre en vuestra pelea contra el pecado, y habéis olvidado la exhortación paternal que os dieron: Hijo mío, no rechaces la corrección del Señor, ni te desanimes por su reprensión; porque el Señor reprende a los que ama y castiga a sus hijos preferidos. (Heb 12, 1-6)

Puesto que es el misterio de la pascua del Hijo, enviado por el Padre en una carne semejante a la del pecado, tratemos, en primer lugar, de contemplar cómo Jesús vivió y presentó su Pascua a los discípulos, mientras caminaba con ellos. Con este fin, propongo una introducción, para contemplar cómo hablan de ello los evangelios; y de modo particular el evangelio según san Juan. Después de esta introducción, ofreceré algunos puntos, para contemplar el inicio del libro de la gloria, que arranca con el lavatorio de los pies.

El evangelio según san Juan puede dividirse en estas partes. El prólogo, I: el libro de los signos (1, 19-12, 50). II el libro de la gloria (13-20) y el epílogo (21). Las meditaciones de este curso estarán centrada, ante todo, en «el libro de la gloria», que a su vez puede subdividirse: (13-20): última cena (13-17), pasión (18-19) y resurrección (20). En él se revela primordialmente la gloria del Santo de Dios, tal como Pedro confesó a Jesús, cuando la muchedumbre de sus seguidores le dieron la espalda en la sinagoga de Cafarnaún y el Maestro volviéndose a los Doce les preguntó:

«¿También vosotros queréis marcharos?». Simón Pedro le contestó: «Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna; nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios». Jesús le contestó: «¿Acaso no os he escogido yo a vosotros, los Doce? Y uno de vosotros es un diablo». Lo decía por Judas, el hijo de Simón Iscariote, pues este lo iba a entregar, uno de los Doce. (Jn 6, 67-71)

«El Santo de Dios» mostrará su gloria en la cruz. El libro de los signos concluye de una manera muy significativa con la exaltación de Jesús y el rechazo de su pueblo, después del signo mayor de restituir a Lázaro. El evangelista constata: algunos creyeron, pero los jefes del pueblo decidieron dar muerte a Jesús y eliminar a Lázaro. Escuchemos la profecía de Caifás, el sumo sacerdote, y el comentario del evangelista:

Y muchos judíos que habían venido a casa de María, al ver lo que había hecho Jesús, creyeron en él. Pero algunos acudieron a los fariseos y les contaron lo que había hecho Jesús. Los sumos sacerdotes y los fariseos convocaron el Sanedrín y dijeron: «¿Qué hacemos? Este hombre hace muchos signos. Si lo dejamos seguir, todos creerán en él, y vendrán los romanos y nos destruirán el lugar santo y la nación». Uno de ellos, Caifás, que era sumo sacerdote aquel año, les dijo: «Vosotros no entendéis ni palabra; no comprendéis que os conviene que uno muera por el pueblo, y que no perezca la nación entera». Esto no lo dijo por propio impulso, sino que, por ser sumo sacerdote aquel año, habló proféticamente, anunciando que Jesús iba a morir por la nación; y no

solo por la nación, sino también para reunir a los hijos de Dios dispersos. Y aquel día decidieron darle muerte. (Jn 11, 45-52)

Después de la unción de Jesús en Betania y de su entrada triunfal en Jerusalén, unos griegos piden ver a Jesús, que es admirado y rechazado, un verdadero signo de contradicción. Jesús, en lugar de acceder a la petición de los griegos, habla con sus discípulos y el pueblo elegido, de lo que le espera de inmediato: **su exaltación a través de la muerte**. Y aquí surge una cuestión decisiva para nuestra meditación. Jesús vive turbado este momento. Pero notemos: el acento no recae en el sufrimiento, sino en la glorificación del Padre y el Hijo. La pascua de Israel, en cuyo contexto acontece la pascua del Hijo, fue un momento de glorificación de Dios y del pueblo de la espuerta. Es el momento de la liberación y la victoria.

Vamos a detenernos un momento en este texto, pues es como la puerta para adentrarnos en una comprensión más honda del drama interior con que Jesús lleva a cabo la obra del Padre, la Hora del Padre. Jesús había dicho a los discípulos: «Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y llevar a término su obra». (Jn 4, 34) La Pascua de Jesús es la Hora de la glorificación del Padre y del Hijo.

Entre los que habían venido a celebrar la fiesta había algunos griegos; estos, acercándose a Felipe, el de Betsaida de Galilea, le rogaban: «Señor, queremos ver a Jesús». Felipe fue a decírselo a Andrés; y Andrés y Felipe fueron a decírselo a Jesús. Jesús les contestó: «Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del hombre. En verdad, en verdad os digo: si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto. El que se ama a sí mismo, se pierde, y el que se aborrece a sí mismo en este mundo, se guardará para la vida eterna. El que quiera servirme, que me siga, y donde esté yo, allí también estará mi servidor; a quien me sirva, el Padre lo honrará.

Ahora mi alma está agitada, y ¿qué diré? ¿Padre, líbrame de esta hora? Pero si por esto he venido, para esta hora: Padre, glorifica tu nombre». Entonces vino una voz del cielo: «Lo he glorificado y volveré a glorificarlo». La gente que estaba allí y lo oyó, decía que había sido un trueno; otros decían que le había hablado un ángel. Jesús tomó la palabra y dijo: «Esta voz no ha venido por mí, sino por vosotros. Ahora va a ser juzgado el mundo; ahora el príncipe de este mundo va a ser echado fuera. Y cuando yo sea elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí». (Jn 12, 20-32)

Jesús nos ofrece así la clave de comprensión de su Pascua. En ella se glorifican el dador, el Padre y el «dado», el Hijo. Estamos ante el drama divino que sólo en el Espíritu de la verdad es posible conocerlo y celebrarlo. Estamos ante una revelación. La voz del cielo proclama y recuerda la verdad y el cumplimiento de las promesas. La cruz se nos revela, así como la sabiduría y la fuerza de salvación para el que cree. Desde ella atraerá Jesús a todos hacia él.

No obstante, y conviene contemplarlo con sencillez en la oscuridad de la fe, aunque es de noche, «la carne» de Jesús anda turbada, agitada; como turbada quedó María ante el anuncio del ángel, como turbados están los discípulos ante el anuncio de la muerte inminente de Jesús. Él vivió la obediencia filial entre gritos y lágrimas. Jesús fue probado en todo como nosotros, menos en el pecado. La «carne» siempre se resiste ante el designio de Dios. El pecado no está en la resistencia, sino en abandonar el camino y avanzar por la senda del padre de la mentira.

La cruz se presenta como el triunfo del poder de Dios ante el príncipe de la mentira; pero los «judíos», al rechazar «la verdad que libera», (cf. Jn 8, 31-59) permanecen en su pecado, pues se niegan a comprender y deciden llevar a cabo su designio de matar al Hijo, para quedarse con la herencia, como Jesús había dicho en la parábola. Así «el libro de los signos» se cierra con este alegato de Jesús ante su pueblo, evocando las palabras del profeta Isaías. El pueblo se niega a creer. Jesús llora ante la ciudad, como relata el evangelista Lucas, pues no acoge la visita favorable de Dios (cf. Lc 19, 41-44). Escuchemos el alegato con que se cierra el libro de los signos del Señor, el tiempo de su predicación por caminos de Galilea y Judá.

Esto lo decía dando a entender la muerte de que iba a morir. La gente le replicó: «La Escritura nos dice que el Mesías permanecerá para siempre; ¿cómo dices tú que el Hijo del hombre tiene que ser levantado en alto? ¿Quién es ese Hijo de hombre?». Jesús les contestó: «Todavía os queda un poco de luz; caminad mientras tenéis luz, antes de que os sorprendan las tinieblas. El que camina en tinieblas no sabe adónde va; mientras hay luz, creed en la luz, para que seáis hijos de la luz». Esto dijo Jesús y se fue y se escondió de ellos.

Habiendo hecho tantos signos delante de ellos, no creían en él para que se cumpliera el oráculo de Isaías que dijo: «Señor, ¿quién ha creído nuestro anuncio? y ¿el brazo del Señor a quién ha sido revelado?». Por ello no podían creer, porque de nuevo dijo Isaías: «Ha cegado sus ojos y ha endurecido sus corazones, para que no vean con sus ojos y entiendan en su corazón y se conviertan y yo los cure». Esto dijo Isaías cuando vio su gloria y habló acerca de él. Sin embargo, incluso muchos de los principales creyeron en él, pero, a causa de los fariseos, no lo confesaban públicamente para no ser expulsados de la sinagoga, pues prefirieron la gloria de los hombres a la gloria de Dios. Jesús gritó diciendo: «El que cree en mí, no cree en mí, sino en el que me ha enviado. Y el que me ve a mí, ve al que me ha enviado. Yo he venido al mundo como luz, y así, el que cree en mí no quedará en tinieblas. Al que oiga mis palabras y no las cumpla, yo no lo juzgo, porque no he venido para juzgar al mundo, sino para salvar al mundo. El que me rechaza y no acepta mis palabras tiene quien lo juzgue: la palabra que yo he pronunciado, esa lo juzgará en el último día. Porque yo no he hablado por cuenta mía; el Padre que me envió es quien me ha ordenado lo que he de decir y cómo he de hablar. Y sé que su mandato es vida eterna. Por tanto, lo que yo hablo, lo hablo como me ha encargado el Padre». (Jn 12, 33-50)

Después esta pequeña introducción, para situar nuestras meditaciones sobre el misterio pascual, vamos a detenernos en un texto icónico para comprender su sentido y las principales características de la comunidad apostólica, que el Resucitado enviará al mundo para proclamar el Evangelio de Dios al mundo.

I.- JESÚS ABRAZA VOLUNTARIA Y LIBREMENTE SU DESTINO

Una primera nota que conviene subrayar al meditar en el «misterio pascual», a mi entender, es esta: Jesús avanza hacia su Pascua, con pleno conocimiento y, por tanto, en plena comunión con el designio salvador del Padre. Abraza voluntaria y libremente su destino. En el evangelio según san Juan, Jesús, al presentarse como el Buen Pastor, afirma: «Por esto me ama el Padre, porque yo entrego mi vida para poder recuperarla. Nadie me la quita, sino que yo la entrego libremente. Tengo poder para entregarla y tengo poder para recuperarla: este mandato he recibido de mi Padre». (Jn 10, 17-18)

¿Por qué es tan importante contemplar y meditar esta verdad? No olvidemos que la razón y el sentimiento, aun cuando sean religiosos y bien intencionados, tienden a eludirla e ignorarla. Ni la razón ni el sentimiento alcanzan a comprender que Dios entregase a su Hijo a la muerte, pudiéndolo salvar. El destino de Jesús de Nazaret estaba fijado por el Padre y él se hizo progresivamente consciente de ello, aun cuando no alcancemos a saber cómo. Los evangelistas lo expresan de formas diferentes y conviene meditarlo despacio.

Jesús, como los evangelios sinópticos relatan, anunció por tres veces de manera explícita su muerte y resurrección. Así se lo comunicaba, en la intimidad y por el camino, de modo especial a sus discípulos; pero estos no entendían y tampoco el pueblo de las Escrituras, ya que esperaban un Mesías fuerte y poderoso. Pedro, como apasionado seguidor de Jesús, quiso disuadirlo. La réplica del Maestro es tremenda, pues la bien intencionada y humana intervención del discípulo se opone al plan de Dios.

Y empezó a instruirlos: «El Hijo del hombre tiene que padecer mucho, ser reprobado por los ancianos, sumos sacerdotes y escribas, ser ejecutado y resucitar a los tres días». Se lo explicaba con toda claridad. Entonces Pedro se lo llevó aparte y se puso a increparlo. Pero él se volvió y, mirando a los discípulos, increpó a Pedro: «¿Ponte detrás de mí, Satanás! ¡Tú piensas como los hombres, no como Dios!». (Mc 8, 31-33)

Mis formadores, para exculpar a Pedro y poner de relieve su buena voluntad, me decían que el apóstol no quería que su amigo sufriese. El evangelista san Juan nos da una razón más seria e importante. Según las

Escrituras el Mesías no debía morir y Pedro acababa de confesarlo como el Mesías. Ante el anuncio de su pasión, la gente replicó a Jesús: «La Escritura nos dice que el Mesías permanecerá para siempre; ¿cómo dices tú que el Hijo del hombre tiene que ser levantado en alto? ¿Quién es ese Hijo de hombre?». (Jn 12, 34) Es la cuestión de siempre: ¿Cómo interpretar correctamente las Escrituras en su totalidad? El ser humano, también el religioso, tiende a interpretar la revelación de Dios desde los valores culturales y razonables. Y esto nos puede suceder también a nosotros. No es lo mismo interpretar la revelación desde nuestros conceptos de justicia y desde la fuente de la justicia que es Dios.

Las Escrituras, por otra parte, recuerdan sin cesar que el Dios de los padres, el Padre de Nuestro Señor Jesucristo, es un Dios personal y libre, un Dios que es amor. A diferencia de los dioses de los pueblos, no está sometido al Azar, esto es, a la casualidad y a los imprevistos. El profeta Isaías afirma: Dios anuncia de antemano lo que hará en el momento oportuno. Él es el creador del mundo y del tiempo. Él es el Dios creador y el Dios del futuro. La fe consiste en fiarse de su palabra creadora y salvadora. Recordemos un texto, entre otros, del profeta de la fe:

«Recordadlo y meditadlo, reflexionad, rebeldes, recordad el pasado. Desde siempre yo soy Dios; no hay otro dios, ni hay nadie como yo. Desde el comienzo yo anuncio el futuro; de antemano, lo que aún no ha sucedido. Digo: «Mi designio se cumplirá, realizo lo que quiero». Del Oriente llamo a un ave de rapiña, de tierra lejana, al hombre que realice mi designio. Lo he dicho, haré que ocurra, lo he dispuesto y lo realizaré. Escuchadme, corazones obstinados, que estáis lejos de la liberación. Yo aproximo mi justicia, no está lejos, mi salvación no se pospone, concedo a Sión la salvación y mi honor a Israel». (Is 46, 8-13)

La razón humana choca contra «la roca», esto es, contra la libertad soberana del Creador y Salvador. Sus pensamientos, tiempos y caminos no se corresponden necesariamente con los nuestros. Aquí chocamos con el tema de la predestinación¹. Ignoramos cómo conjugar la libertad soberana de Dios con la libertad propia de nuestra carne frágil y débil. Y no obstante, Jesús, en su pascua, nos liberó para la libertad, la libertad del amor. Creados para la libertad por Dios, el hombre la arruinó al querer conocer el bien y el mal, esto es, decidir sobre lo bueno y lo malo. Es el drama de la humanidad. Y hoy sigue presente este drama, pues los hombres quieren seguir estableciendo lo que está bien y lo que está mal.

Al inicio del libro de la gloria y exaltación de Jesús, el evangelista Juan, nos ofrece esta afirmación capital, para comprender el misterio pascual.

Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo. Estaban cenando; ya el diablo había suscitado en el corazón de Judas, hijo de Simón Iscariote, la intención de entregarlo; y Jesús, sabiendo que el Padre había puesto todo en sus manos, que venía de Dios y a Dios volvía, se levanta de la cena, se quita

¹ El más esclarecido ejemplar de la predestinación y de la gracia es el mismo Salvador del mundo, mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús; porque para llegar a serlo, ¿con qué méritos anteriores suyos, ya de obras, ya de fe, pudo contar la naturaleza humana, que en El reside?

Yo ruego que se me responda: Aquella naturaleza humana que en una unidad de persona fue asumida por el Verbo, coeterno al Padre, ¿cómo mereció llegar a ser Hijo unigénito de Dios? ¿Precedió algún mérito a esta unión? ¿Qué obró, qué creyó o qué exigió previamente para llegar a tan inefable y soberana dignidad? ¿No fue acaso por la virtud y asunción del mismo Verbo como aquella humanidad, en cuanto empezó a existir, empezó a ser Hijo único de Dios? ¿Por ventura no fue concebido el Hijo único de Dios por aquella mujer que fue llena de gracia? ¿No nació el Hijo único de Dios por obra del Espíritu Santo y de María virgen; no por concupiscencia de la carne, sino por gracia singular de Dios? ¿Acaso se pudo temer que aquel hombre, por el uso de su libre albedrío, llegara a pecar con el transcurso del tiempo? ¿Acaso carecía de libre voluntad o no era ésta en El tanto más libre cuanto más imposible era que estuviese sujeta al pecado? Todos estos dones y gracias singularmente admirables y otras muchas, si con verdad puede decirse que son suyas propias, las recibió singularmente en aquel hombre esta nuestra naturaleza humana sin que precediese mérito alguno de su parte. (c. La predestinación de los santos, XV, 30)

el manto y, tomando una toalla, se la ciñe; luego echa agua en la jofaina y se pone a lavarles los pies a los discípulos, secándoselos con la toalla que se había ceñido. (Jn 13, 1ss)

Jesús sabe que ha llegado «su hora», que no es otra que «la hora del Padre» y, por otra parte «la hora de las tinieblas». El misterio pascual es la expresión de la paradoja divina, vivida por Jesús en la carne y que nosotros, sus discípulos, estamos llamados vivir en comunión con él.

Jesús vivió su Pascua con hondo dramatismo, con turbación y agitación, pero con la entereza propia de quien se sabe amado por el Padre, pues de sus manos ha recibido todo, y nada ni nadie se lo puede arrebatar de las manos paternas. Es importante recordar estas palabras del pastor mesiánico, de Jesús: «Mis ovejas escuchan mi voz, y yo las conozco, y ellas me siguen, y yo les doy la vida eterna; no perecerán para siempre, y nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre, lo que me ha dado, es mayor que todo, y nadie puede arrebatarlas de la mano de mi Padre. Yo y el Padre somos uno». (Jn 10, 27-30)

Los sinópticos presentan el drama del Nazareno en Getsemaní. Y la carta a los Hebreos recuerda que Jesús aprendió la obediencia entre gritos y lágrimas. Aun siendo escuchado tuvo que hacer la experiencia del sufrimiento. Para ello estuvo sostenido por el Espíritu eterno en su humanidad (cf. Heb 9, 14).

No lo olvidemos: la raíz y fuente del verdadero mal es el pecado. El Nazareno lo sabía. Dios creó todo bueno, pero el pecado quebró la armonía inicial. Él sabía también que la última palabra la tenía el Padre. Isaías cantó el triunfo del siervo sufriente; pero los intérpretes no acertaban a comprenderlo. He aquí un texto que Jesús conocía y orientaba su existencia de peregrino en la carne.

Mirad, mi siervo tendrá éxito, subirá y crecerá mucho. Como muchos se espantaron de él porque desfigurado no parecía hombre, ni tenía aspecto humano, así asombrará a muchos pueblos, ante él los reyes cerrarán la boca, al ver algo inenarrable y comprender algo inaudito. ¿Quién creyó nuestro anuncio?; ¿a quién se reveló el brazo del Señor? [...] Por los trabajos de su alma verá la luz, el justo se saciará de conocimiento. Mi siervo justificará a muchos, porque cargó con los crímenes de ellos. Le daré una multitud como parte, y tendrá como despojo una muchedumbre. Porque expuso su vida a la muerte y fue contado entre los pecadores, él tomó el pecado de muchos e intercedió por los pecadores. (Is 52, 13-53, 12)

Los auténticos siervos del Dios de la alianza, como atestiguan los relatos bíblicos de la historia de la salvación, siempre triunfaron con su ayuda. La oración de los siervos y humildes dan buena cuenta de ello. Baste recordar la oración de Azarías en el horno ardiente. En medio del fuego, alzó su voz orando a Dios. Y su oración concluyó con estas significativas palabras:

Que este sea hoy nuestro sacrificio, y que sea agradable en tu presencia: porque los que en ti confían no quedan defraudados. Ahora te seguimos de todo corazón, te respetamos, y buscamos tu rostro; no nos defraudes, Señor; trátanos según tu piedad, según tu gran misericordia. Líbranos con tu poder maravilloso y da gloria a tu nombre, Señor. Sean confundidos cuantos traman maldad contra tus siervos; sean avergonzados, sin poder ni dominio, y su fuerza sea arrebatada. Sepan que tú eres el Señor, el único Dios, glorioso sobre toda la tierra». (Dan 3, 40-45)

Judit, ante la situación dramática del pueblo amenazado de muerte, recordó a los ancianos del pueblo, cómo el futuro de Israel dependía de su coraje, para fiarse plenamente del poder de Dios, el cual se había manifestado ya en el pasado del pueblo.

Así pues, hermanos, demos ejemplo a los de nuestra raza, porque su vida depende de nosotros, y en nosotros se apoyan el santuario, el templo y el altar. Por todo esto demos gracias al Señor, nuestro Dios, que nos pone a prueba como a nuestros antepasados. Recordad cómo trató a Abrahán, cómo probó a Isaac y lo que sucedió a Jacob en Mesopotamia de Siria, cuando apacentaba el rebaño de su tío Labán. Los puso en el crisol para

sondear sus corazones; lo mismo hace con nosotros, no para castigarnos, sino porque el Señor aflige a sus fieles para amonestarlos». (Jdt 8, 24-27)

La oración de Jesús de Nazaret se inscribe en esta misma perspectiva. En su pascua, quiere y desea que sea glorificado su Padre. «Ahora mi alma está agitada, y ¿qué diré? ¿Padre, líbrame de esta hora? Pero si por esto he venido, para esta hora: Padre, glorifica tu nombre». (Jn 12, 27-28) ¿Buscamos nosotros también nosotros que en todo momento sea glorificado el nombre del Padre Dios? ¿Seguimos a Jesús en su oración? ¿Cómo tratamos de superar ciertos pietismos que repliegan sobre uno mismo?

La oración del Padrenuestro nos muestra la originalidad de la oración filial y fraterna, la que Jesús nos enseñó. En ella buscamos, ante todo, que Dios se glorifique, mostrando su santidad, haciendo presente su reino en la historia, que el cielo y la tierra reciba y lleve a cabo su voluntad. Y esto para que todos seamos como hermanos beneficiarios de su amor, ternura y misericordia. Es una oración de petición, cierto; pero no la del pedigüeño que busca solución para sus necesidades. Por ello, me cuesta entender, a los que piensan que vamos a evangelizar a través de los estómagos.

II.- EL SERVICIO DEL SIERVO

Mientras Jesús anunciaba su Pascua, los discípulos se disputaban por los primeros puestos en el reino, que ellos imaginaban y deseaban, reino de fuerza y poder, al estilo de la mundanidad, aun cuando esta fuera teocrática. Oigamos, meditemos y contemplemos la enseñanza de Jesús a los suyos, que andaban disputándose entre ellos, como nosotros, por los primeros puestos:

«Sabéis que los que son reconocidos como jefes de los pueblos los tiranizan, y que los grandes los oprimen. No será así entre vosotros: el que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor; y el que quiera ser primero, sea esclavo de todos. Porque el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y dar su vida en rescate por muchos». (Mc 10, 42-45)

Antes les había dicho a Santiago y Juan, si estaban dispuestos a beber el cáliz que él iba a beber y bautizarse con el bautismo con él iba a bautizarse. Es preciso leer y releer la respuesta, para comprender que el cáliz se lo dan y que él se bautiza así mismo, esto es, se sumerge libremente en el designio del Padre. Es el misterio pascual.

Jesús replicó: «No sabéis lo que pedís, ¿podéis beber el cáliz que yo he de beber, o de bautizaros con el bautismo con que yo me voy a bautizar?». Contestaron: «Podemos». Jesús les dijo: «El cáliz que yo voy a beber lo beberéis, y seréis bautizados con el bautismo con que yo me voy a bautizar, pero el sentarse a mi derecha o a mi izquierda no me toca a mí concederlo, sino que es para quienes está reservado». (Mc 10, 38-40)

El evangelista san Lucas introduce la última Cena de forma muy significativa: «Y cuando llegó la hora, se sentó a la mesa y los apóstoles con él y les dijo: «Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros, antes de padecer, porque os digo que ya no la volveré a comer hasta que se cumpla en el reino de Dios». (Lc 22, 14-16) El deseo ardiente de Jesús choca con la lógica propia de la carne, que busca la autoafirmación. Jesús tomó su opción fundamental en el desierto, esto es, ante las tentaciones, sostenido con la fuerza del Espíritu Santo. En la prueba del desierto decidió con plena conciencia avanzar como el Siervo que ha venido a servir y dar la vida en rescate por muchos. Esta es la verdad que nos cuesta abrazar y vivir.

Volvamos al evangelista Juan. Jesús asume libremente su destino en el lavatorio de los pies de los discípulos. Era «el oficio» reservado al último de los esclavos. Jesús lo hace para que los discípulos participen de su gloria. Pero ellos están de momento incapacitados para entenderlo. Así se pone de manifiesto en la reacción de Pedro, en representación de los demás. Jesús es un Maestro y un Señor muy extraño. No se le puede entender con los criterios de la cultura, aun cuando esta sea religiosa:

Llegó a Simón Pedro y este le dice: «Señor, ¿lavarme los pies tú a mí?». Jesús le replicó: «Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora, pero lo comprenderás más tarde». Pedro le dice: «No me lavarás los pies jamás». Jesús le contestó: «Si no te lavo, no tienes parte conmigo». Simón Pedro le dice: «Señor, no solo los pies, sino también las manos y la cabeza». Jesús le dice: «Uno que se ha bañado no necesita lavarse más que los pies, porque todo él está limpio. También vosotros estáis limpios, aunque no todos». Porque sabía quién lo iba a entregar, por eso dijo: «No todos estáis limpios».

En la liturgia del jueves santo se representa esta escena. De ella se hacen eco los medios de comunicación. Pero cabe preguntarse si somos bastante conscientes de lo que supone tanto el dejarse lavar los pies, como el lavar los pies con Jesús. Pedro no entendía. Hoy tendemos a verlo como un espectáculo. La gran cuestión es si nos dejamos purificar por el Señor y si estamos dispuestos a lavarnos los pies unos a otros todos los días y en el silencio y la discreción. El espectáculo no se corresponde bien con la orientación de Jesús de hacer todo ante el Padre que ve en lo secreto. Jesús no hacía signos para llamar la atención. Él recibía a los que el Padre le daba.

El viejo Adán, tentado y engañado por la serpiente, pretendió igualarse a Dios. El nuevo Adán, de condición divina, como canta el himno, asumió la condición de esclavo, como uno de tantos: «Tened entre vosotros los sentimientos propios de Cristo Jesús. El cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios; al contrario, se despojó de sí mismo tomando la condición de esclavo, hecho semejante a los hombres. Y así, reconocido como hombre por su presencia se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz» (Flp 2, 5-8)

El amor hasta el extremo de Jesús, tal como se revela icónicamente en el lavatorio de los pies, es la expresión del «tanto amó Dios al mundo». «Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos». Él nos lava los pies por amor, para que tengamos parte con él, para que participemos de su santidad, de la «santidad misma de Dios». Y para que esto se cumpla, el discípulo necesita ser purificado, mediante la palabra y la pascua del Hijo del hombre, como acontece en lavatorio de los pies.

Jesús hace y explica el sentido de su acción. Él se despojó del manto, se ciñó la toalla del servicio, y volvió a retomar el manto, para decirle a la comunidad de sus discípulos cómo avanzar en lo sucesivo.

Cuando acabó de lavarles los pies, tomó el manto, se lo puso otra vez y les dijo: «¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis “el Maestro” y “el Señor”, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros: os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis. En verdad, en verdad os digo: el criado no es más que su amo, ni el enviado es más que el que lo envía. Puesto que sabéis esto, dichosos vosotros si lo ponéis en práctica. No lo digo por todos vosotros; yo sé bien a quiénes he elegido, pero tiene que cumplirse la Escritura: “El que compartía mi pan me ha traicionado”. Os lo digo ahora, antes de que suceda, para que cuando suceda creáis que yo soy. En verdad, en verdad os digo: El que recibe a quien yo envíe me recibe a mí; y el que me recibe a mí recibe al que me ha enviado». (Jn 13, 1-20)

Nuestra contemplación, en esta primera meditación, vamos a dejarla en este punto: Jesús avanza hacia la muerte con la clara conciencia del Siervo, enviado para purificar y liberar a la humanidad del poder del pecado. Y todo, para la glorificación del Padre. San Ireneo, resumía así el sentido de la gloria de Dios manifestada en Jesucristo. «La gloria de Dios es el hombre viviente; la vida del hombre es la visión de Dios». (Contra las herejías, 4, 20, 7) «La gloria del hombre es Dios; el receptor de la operación de Dios, de toda su sabiduría y de toda su potencia es el hombre». (Ib., 3, 30, 2) «El Padre es glorificado en nosotros en la medida en que, a través de nosotros mismos, se irradia la gloria del Padre, que es Jesús, con lo cual nosotros nos hacemos gloria del Padre». Ahora bien, y esto es lo que debe comprender el discípulo de Jesús, que, en él, la gloria se ha presentado bajo la forma del Siervo, del último de los esclavos, que, como tal, morirá en la cruz de los malditos. Estamos en el terreno de la fe oscura por luminosa, la propia de los místicos.

En la próxima meditación, volveré sobre esta misma contemplación, para ahondar en la raíz última del misterio pascual. Ahora trataré de sacar algunas conclusiones, para nuestra comunidad de discípulos en el mundo, para caminar a la luz de la Pascua del Señor.

III.- NOTAS DE LA COMUNIDAD PASCUAL A LA LUZ DEL LAVATORIO

Jesús lavó los pies de todos los discípulos, los pies de Pedro y los de Judas. Este último lo traicionará y Pedro lo negará tres veces. Luego retoma el manto y habla como el Maestro y el Señor, esto es con la autoridad de la palabra única y verdadera de Dios. Una palabra en acción. Lo que ha hecho él, la comunidad de los discípulos está llamada a perpetuarlo en el mundo. Los llamados a vivir en Cristo debemos lavarnos los pies mutuamente con todo lo que esto significa. Estamos llamados a lavarnos mutuamente. He aquí la orientación para vivir como iconos de la pascua del Señor en medio del mundo.

1.- Una comunidad de discípulos.

La comunidad de los discípulos está llamada a presentarse en el mundo como un auténtico reflejo del Siervo de los siervos, Jesucristo. Nuestra comunidad es el fruto de su Pascua. Nos ha reunido y purificado mediante la palabra y el servicio propio del último de los siervos. Y esto, aun cuando lo sabemos por la fe, tiende a oscurecerse en lo concreto de la existencia. Y así sucede cuando los discípulos, para atraer a la gente dejamos presentar el Evangelio sin glosa. En este sentido me permito recordar lo que san Agustín, comentando el capítulo treinta y cuatro de Ezequiel sobre los pastores, decía.

Como los pastores antes señalados, son los que, temiendo herir a aquellos a los que hablan, no sólo no les preparan para las tentaciones inminentes, sino que hasta les prometen la felicidad de este mundo, que Dios no ha prometido ni al mismo mundo. Dios predice que han de venir fatigas sobre fatigas al mundo mismo hasta el fin, ¿y tú quieres que el cristiano esté exento de ellas? Por el hecho de ser cristiano, ha de sufrir en este mundo todavía un poco más. Así dice el Apóstol: *Todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo sufrirán persecución*. Si te place más, ¡oh pastor que buscas tus intereses, no los de Jesucristo!, aunque diga él: *Todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo sufrirán persecución*, di tú: «Si vives piadosamente en Cristo, abundarás en toda clase de bienes; y si no tienes hijos, los recibirás, los criarás a todos y ninguno se te morirá». ¿Es este el edificio que estás levantando? Presta atención a lo que construyes y sobre qué lo levantas. Estás edificando sobre arena. Llegará la lluvia, se desbordará el río, soplarán los vientos, abatirá esta casa, caerá, y su ruina será grande. Retíralo de la arena; construye sobre piedra: esté fundamentado en Cristo quien quieres que sea cristiano. «Fija tu atención en los sufrimientos inmerecidos de Cristo; mira a aquel que no tuvo pecado alguno y restituyó lo que no había robado. Presta atención a la Escritura que te dice: *Azota a todo el que acepta como hijo*. Y prepárate para ser azotado o en ningún modo pretendas ser acogido como hijo. Él -dice- *azota a todo el que acoge como hijo* y ¿vas a ser tú la excepción? Si quedas excluido de sufrir los azotes, quedas excluido también del número de los hijos. Es tan verdad que azota a todo hijo, que hasta azotó a su Hijo único. El Hijo único, nacido de la sustancia del Padre, igual al Padre en la condición divina, la Palabra por la que fueron hechas todas las cosas, no tenía por qué ser azotado: con este fin se revistió de carne, para no escapar al azote. Quien, pues, azota al Hijo único sin pecado, ¿dejará libre del azote al hijo adoptado y con pecado? El Apóstol dice que fuimos llamados a ser hijos de adopción. Hemos recibido la adopción de hijos para ser coherederos con su Hijo único y para ser también su herencia: *Pídeme y te daré en herencia los pueblos*. En sus sufrimientos nos propuso un ejemplo. Para que la oveja débil no desfallezca en las pruebas futuras, no hay que engañarla con una falsa esperanza ni quebrantarla con el pánico. (Sermón 46)

Este texto del santo obispo de Hipona nos sigue interpelando de modo especial en estos momentos de la historia de nuestras sociedades ricas. La cultura del bienestar y una cierta antropología de los derechos del ciudadano nos pueden llevar a confundir la evangelización con una cierta propaganda religiosa de masas o, también con el proselitismo propio de las sectas cálidas. Jesús habla de encontrar el gozo en lavarse los pies unos a otros, como él lo hiciera a sus discípulos. ¿Qué piensan de esto los siervos y siervas del Evangelio?

2.- Una comunidad humilde en el servicio.

La comunidad de los discípulos se ha de caracterizar, ante todo, por la humildad y la sencillez. Dios resiste a los soberbios y ensalza a los humildes. Jesús dijo a los discípulos: «aprended de mí que soy manso y humilde de corazón». No dijo a los suyos que aprendieran a manejar masas como los líderes de este mundo. Él se hizo uno de tantos. Hoy se nos dice que es importante el «liderazgo». Pero es necesario precisar qué tipo de liderazgo nos enseña a desarrollar Jesús. Su servicio no fue al estilo de los grandes de este mundo. El liderazgo del Nazareno, del que no tenía donde reclinar la cabeza, de aceptar ser probado en todo menos en el pecado, es muy diferente al que se practicaba en tiempos del imperio romano, en el que vivió su misión Jesús y la Iglesia apostólica.

Ser humildes en el servicio al devenir de la humanidad, comporta, a mi entender, una profunda humildad. Y esto no será necesariamente entendido por la cultura imperante. Si queremos servir de verdad a la humanidad es preciso ayudarle a edificarse sobre la roca y no sobre la arena. Y edificarse sobre la roca supone hacer personas maduras y no adolescentes. ¿Quién forma hoy personas capaces de pensar por ellas mismas? ¿Cómo ofrecerles la roca viva de la palabra de Dios? Jesús sigue diciendo: El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán. En cuanto al día y la hora, nadie lo conoce, ni los ángeles de los cielos ni el Hijo, sino solo el Padre». (Mt 24, 34-36)

3.- Una comunidad alegre en el servicio.

Todo lo que Jesús nos ha dicho es para nuestra alegría. «Os he hablado de esto para que mi alegría esté en vosotros, y vuestra alegría llegue a plenitud». (Jn 15, 11) La palabra de Jesús es fuente de alegría; pero me pregunto hasta qué punto lo creemos y predicamos en lo concreto de nuestras vidas. Quien encuentra la alegría en servir (yo no digo en imponer su servicio, como hacen los manipuladores y partidos), vivirá alegre de completar el servicio de Cristo, esto es de servir en él y con él. San Pablo, compartiendo los sufrimientos de la misión, lo expresaba en estos términos:

Ahora me alegro de mis sufrimientos por vosotros: así completo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo, en favor de su cuerpo que es la Iglesia, de la cual Dios me ha nombrado servidor, conforme al encargo que me ha sido encomendado en orden a vosotros: llevar a plenitud la palabra de Dios, el misterio escondido desde siglos y generaciones y revelado ahora a sus santos, a quienes Dios ha querido dar a conocer cuál es la riqueza de la gloria de este misterio entre los gentiles, que es Cristo en vosotros, la esperanza de la gloria. Nosotros anunciamos a ese Cristo; amonestamos a todos, enseñamos a todos, con todos los recursos de la sabiduría, para presentarlos a todos perfectos en Cristo. Por este motivo luché denodadamente con su fuerza, que actúa poderosamente en mí. (Col 1, 24-29)

Las gentes, de acuerdo con los criterios del mundo, no rehúyen el sufrimiento si les garantiza escalar puestos y alcanzar bienes y prestigio. La comunidad del Cenáculo, como hemos visto, está llamada a encontrar su gozo sirviendo como siervos y siervas, desde el último lugar. ¿Es nuestra convicción? ¿Tratamos de vivirlo con sencillez de corazón? ¿Cómo avanzar en esta perspectiva?

4.- Una comunidad de enviados al mundo.

Jesús no retiró a sus discípulos del mundo, sino que los fue formando por los caminos, para que fueran pescadores de hombres. Ciertamente, los discípulos que el Padre le dio, provenían del mundo y al mundo fueron enviados, para dar a conocer la llegada del reino de Dios. Como él fue enviado, así también lo son sus discípulos, para aportar la fuerza de salvación que es el Evangelio de la gracia.

En nuestra condición de enviados al mundo, de consagrados en el mundo al servicio del designio de Dios sobre él, es importante descubrir cómo el lavatorio de los pies nos traza el camino a seguir con humildad y

sencillez. Para ello es importante ser, como Jesús, uno más, como él lo fuera en Nazaret y a lo largo de su itinerario hacia la pascua. Uno más, pero como el Siervo que ilumina y aporta la vida sin ocaso. Se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza y humildad. Y esta es, en realidad, nuestra verdadera vocación como siervos y siervas, como consagrados en la secularidad. En esta perspectiva, es interesante notar las palabras conclusivas del lavatorio de los pies: «Os lo digo ahora, antes de que suceda, para que cuando suceda creáis que yo soy. En verdad, en verdad os digo: El que recibe a quien yo envíe me recibe a mí; y el que me recibe a mí recibe al que me ha enviado». (Jn 13, 19-20)

5.- Una comunidad de discípulos que obre en memoria de Cristo.

Los consagrados en la secularidad no deberíamos olvidar que somos uno más en el mundo, pero con la misión de dar testimonio de que obramos y hablamos en memoria de Cristo. Él era la palabra del Padre en y para el mundo. Pues bien, los consagrados en la secularidad, de acuerdo con nuestra vocación, estamos llamados a ser expresión del Verbo encarnado dando razón con nuestro hacer y palabra de la verdad que libera, para avanzar hacia la plenitud.

En nuestros Institutos y grupos es importante plantearse si con nuestro hacer y manera de vivir, así como con nuestras palabras reenviamos realmente al Verbo encarnado, que se despojó del manto y se ciñó la toalla del Servicio, para trazarnos el camino a seguir, a fin de glorificar al Padre y compartir el verdadero gozo del Señor.

La gloria de Dios es el hombre viviente

El hombre no es una simple criatura, como las demás. Ni, por supuesto, un ser autónomo, independiente, con pleno sentido en sí mismo. Es imagen y semejanza de Dios (¿cf Gen 1, 26?27). En esto consiste su grandeza y su máxima originalidad. Imagen y semejanza quieren decir imagen verdadera, reflejo vivo y real de Dios. Por eso, fundamentalmente, el hombre es gloria de Dios¹. "Todo hombre resulta para sí mismo un problema no resuelto" (GS 21), un verdadero enigma o, más exactamente, un misterio. La solución a este 'problema' y el esclarecimiento de su propio ser no le pueden venir de las ciencias humanas. Ni siquiera de la filosofía. Mucho menos, de la biología; y tampoco de la psicología, aunque a sí misma se llame profunda. Lo mejor del hombre, su misterio, su realidad más honda y su verdadera identidad, son inalcanzables por métodos científicos. Y es que el hombre no puede ser definido por sí mismo, ni desde sí mismo, a partir del análisis de los elementos que le constituyen y de las diferencias específicas que le separan de los demás seres del universo.

Porque gloria, en el sentido fuerte de la palabra, es la misma naturaleza divina en cuanto comunicada o proyectada. Es la reverberación del ser de Dios en su criatura. Es la imagen ? eikon? de Dios impresa realmente en el hombre. La gloria de Dios, sentido y fin de toda la creación, no es 'algo' que el hombre da a Dios, sino 'algo' que Dios da al hombre. La gloria de Dios consiste en comunicar a otros su propio ser y en que esos seres, por él creados, sean lo más parecidos a él mismo. Hablar de la gloria de Dios "significa hablar de la realidad misma de Dios manifestándose al hombre en resplandor... La gloria de Dios es, por tanto, el poder, la majestad, la riqueza y la vida que Dios manifiesta al hombre, dándosele en su historia"². Jesús, por ser la Imagen perfecta del Padre, es también?incluso en cuanto Hombre? su máxima gloria y su máxima glorificación³. Y todo el quehacer del hombre consiste en irse pareciendo, cada vez más, a Jesucristo.

Los demás seres del universo son huella o vestigio de Dios; pero no su imagen. Tampoco son sujetos de gracia y de amor. Como recuerda el Concilio, el hombre "es la única criatura terrestre a la que Dios ha amado por ella misma" (GS 24). El hombre, por su misma naturaleza, "es superior al universo entero" (GS 14) y está llamado, por libre y amorosa decisión divina, al diálogo y a la unión con Dios. "La razón más alta de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la unión con Dios. Desde su mismo nacimiento, el hombre es invitado al diálogo con Dios" (GS 19). "Creyentes y no creyentes están generalmente de acuerdo en este punto: Todos los bienes de la tierra deben ordenarse al hombre, como a su centro y a su cima" (GS 12). El hombre es sentido de toda la creación material, porque ha sido constituido por Dios como dueño y señor del universo, si bien con una soberanía relativa, ya que sólo puede entenderse en real subordinación a la soberanía absoluta del mismo Dios.

El ser humano -varón y mujer-, desde siempre, ha sido pensado y querido en Cristo. Ha sido creado y recreado en la Persona de Cristo. Y está predestinado a reproducir en sí mismo la imagen viva de Cristo. Sólo en él encuentra su esencia y su consistencia, su última razón de ser y su verdadera identidad. "Realmente, sólo en el misterio del Verbo Encarnado se esclarece de verdad el misterio del hombre... Cristo, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al mismo hombre, y le descubre la sublimidad de su vocación... El que es Imagen de Dios invisible (Col 1, 15) es también el Hombre perfecto, que ha devuelto a la descendencia de Adán la semejanza divina, deformada por el primer pecado" (GS 22). Por eso, "el que sigue a Cristo, Hombre perfecto, se hace a sí mismo más hombre" (GS 41).

La teología cristiana intenta comprender y clarificar el plan de salvación que Dios tiene sobre el hombre y que san Pablo llama misterio: Ese designio eterno, libre, inteligente y amoroso contenido fundamental de toda la revelación?, que se realiza históricamente en la Persona de Jesucristo, en su Encarnación?Muerte?Resurrección. Es el proyecto de la eterna y definitiva Alianza, sellada en la sangre de Cristo, a la que, por voluntad de Dios, se ordena intrínsecamente toda la creación. Porque, de hecho, la creación no tiene ni ha tenido nunca pleno sentido en sí misma, ya que es totalmente relativa a la amistad sobrenatural y a la filiación divina de los hombres, o sea, a la Alianza de Dios con el hombre en Jesucristo. Dios no crea al hombre simplemente para tener una 'criatura', sino para hacerle hijo y amigo en la Persona de su Hijo. La creación es la razón externa, la condición necesaria y el presupuesto de la alianza. La creación hace posible la alianza. Pero la alianza es la razón interna de la creación. Es decir, la creación fue pensada y querida por Dios en orden a la alianza. Y Jesucristo es la última razón de ser y, a la vez, el sentido definitivo de la alianza y de la creación.

En el plano histórico, el estado natural puro no ha existido nunca. Porque Dios Padre todo lo ha pensado, querido y creado en Cristo, es decir, en orden a la filiación y a la amistad divinas. Y, claro está, no por una exigencia intrínseca del mismo ser creado o de la naturaleza del hombre, sino por pura iniciativa y benevolencia suya: por amor gratuito y libre.

"La suprema vocación del hombre, recuerda el Concilio, en realidad es una sola, es decir, divina " (GS 22). Por eso, sólo en Cristo? Jesús es donde el hombre se realiza incluso humanamente, donde consigue su plenitud y alcanza su verdadera estatura. Sólo en Cristo llega el hombre a ser de verdad él mismo.

Existen, sin embargo, algunos síntomas alarmantes de que se está olvidando la visión integral del hombre -de la persona humana-, que nos ofrece el cristianismo, como espíritu encarnado o encarnación de un espíritu ?ser unitario y realidad armónica, a la vez esencialmente espiritual y corpórea?, como hijo de Dios y hermano de Cristo y como centro y meta del universo; y de que se está cayendo en un progresivo reduccionismo en su comprensión. La espiritualidad, muchas veces, se reduce a mera psicología. La psicología, a biología. La biología, a zoología. La zoología, a anatomía. La anatomía, a mecánica. El hombre, que anhelaba ser superhombre, se ha convertido no sólo en un subhombre ?como afirmó Camus⁴-, sino en un robot.

Por haber buscado y proclamado, con frecuencia, "la gloria de Dios a costa de la gloria del hombre"⁵, malentendiendo los datos bíblicos y desconociendo la mejor teología católica, no pocos han rechazado la fe en Dios. Por haber afirmado los derechos de Dios a costa de los derechos del hombre, como si fueran contrarios entre sí, y no más bien complementarios y hasta correlativos, hemos contribuido a la negación de Dios. El Concilio reconoció la "responsabilidad" y la "no pequeña parte" que los creyentes hemos tenido "muchas veces" en "la génesis del ateísmo, por haber velado más que revelado el rostro de Dios" (GS 19).

Los derechos de Dios coinciden, históricamente, con los derechos del hombre. Los mandamientos de Dios, que se convierten para el hombre en deberes fundamentales y en obligaciones ineludibles, no pretenden nunca salvaguardar privilegios de Dios, sino proteger los verdaderos intereses de la persona humana. Dios no se beneficia en nada. Es el ser humano el único que sale beneficiado. Nuestras alabanzas no enriquecen a Dios, sino a nosotros mismos. Son, a este respecto, certeras y expresivas las afirmaciones de la Liturgia: "Pues, aunque no necesitas nuestra alabanza, ni nuestras bendiciones te enriquecen, tú inspiras y haces tuya nuestra acción de gracias, para que nos sirva de salvación, por Cristo, Señor nuestro"⁶.

Dios y el hombre no sólo pueden coexistir, sino que se afirman y se confirman mutuamente. Dios es la máxima afirmación y la suprema garantía del hombre, porque es el principio y el término absoluto de su ser, de su libertad y de su amor. Y el hombre verdadero es la mejor afirmación de Dios y su mejor testigo. La verdadera autonomía y libertad del hombre coinciden realmente con la fe en el amor creador y salvador de Dios. Por eso, afirmar a Dios es la suprema manera ? y también la única manera auténtica? de afirmar al hombre. Al rendir culto a Dios como a único Señor, el hombre es soberanamente libre y es de verdad 'él mismo'. Más que ser autónomo, en el sentido literal de la palabra ?que implicaría una forma sutil y radical de esclavitud?, es teónomo, pues Dios es su verdadera Ley, y es más íntimo al hombre que él a sí mismo. Dios no es sólo la Verdad, el Amor y la Libertad, sino la plena y total Verdad del hombre y para el hombre, su pleno y total Amor, su total y plena Libertad. Sin Dios, el hombre se desvanece, perdiéndose en la nada.

1. San Ireneo, *Aversus haereses*, 4, 20, 7.
2. Cf San Ireneo, *Adversus haereses*, 4, 20, 7: "La gloria de Dios es el hombre viviente; la vida del hombre es la visión de Dios". Cf también la afirmación complementaria del mismo San Ireneo: "La gloria del hombre es Dios; ahora bien, el receptor de la operación de Dios, de toda su sabiduría y de toda su potencia es el hombre" (ibíd., 3, 30, 2).
3. O. González de Cardedal, *La gloria del hombre*, Madrid, 1985, p. 42. Cf A. Andrés Ortega, C.M.F., *Cuerpo Místico y vida religiosa*, Madrid, 1959, p. 54: "El Padre es glorificado en nosotros en la medida en que, a través de nosotros mismos, se irradia la gloria del Padre, que es Jesús, con lo cual nosotros nos hacemos gloria del Padre". [Cf A. Andrés Ortega, C.M.F., *Escritos teológicos y filosóficos*, BAC, Madrid, 2006, t. II, p. 166].
4. Cf 2 Cor 4, 4; Col 1, 15; Hebr 1, 3; Jn 13, 31-32; 17, 4 ss; etc.
5. A. Camus, *L'homme revolté*, Paris, 1951, p. 302.
6. O. González de Cardedal, *La gloria del hombre*, Madrid, 1985, pp. 40 ss.
7. Prefacio Común IV.